

*"Un thriller psicológico que te sumergirá en el
confinamiento claustrofóbico de Lukas...
¡Nada es lo que parece!"*

¡Prologo de la Saga Nudos & Cuchillas!

Confinamiento y Redención

KLEITHROS

"El único escape es enfrentar aquello que más temes."

KLEITHROS

Gregori H. Orlov

κλειῖθρον



Dedicado a ti que has sufrido, sufres y sufrirás. A ti que te flagelas con severidad, que a veces te ahogas con ese nudo en la garganta sin derramar una lágrima, o llorando y sintiéndote solo. Tienes el poder para liberarte. Tú y solo tú. Solo debes ser valiente, tomar la decisión y mantenerte firme contra viento y marea.

Gregori H. Orlov

***La Celda de Lukas:
Entre la Incertidumbre y el Miedo***

Es un día más, quizás sería igual a ayer, y así mismo idéntico al día antes de ayer y, de esta manera, consecutivamente a los días precedentes, de no ser porque nada es para siempre. Todo ciclo debe concluir de una manera u otra. Hubo días completamente diferentes, en los que la esperanza y el ánimo inundaban cada fibra de su ser, la “libertad” era una ilusión vivible. Una experiencia casi realizable. Pero en esta jornada, iniciaba una lucha por la verdadera liberación, una batalla por vencer a su peor enemigo. Lukas, ahora deberá expiar sus culpas para poder romper el ciclo.

— Hey, despierta.

Tendido en un catre, Lukas, aún aletargado, entreabre los ojos para descubrir quién lo está sacando de su descanso.

—¿Y tú quién eres?

— No, no, no. ¿Tú quién eres? – replicó el desconocido

— Yo soy Lukas, ahora dime quién coño eres y qué haces aquí.

— Estoy acá por tu culpa bastardo.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Lukas, desorientado y confundido, tarda un poco en reaccionar. Al darse cuenta de que la situación es ajena a lo habitual, se incorpora y abre bien los ojos.

— Pero que... ¿Ah?

—¿Qué te pasa idiota?

El prisionero despierta de repente y se da cuenta, tras revisar rápidamente su entorno, de que está encerrado en algún tipo de habitación improvisada, una especie de celda sin barrotes, junto a un sujeto que nunca había visto y que asegura estar ahí por su culpa. Había estado ahí desde hacía mucho tiempo, consumiéndose, víctima de una de las drogas más peligrosas que existen, pero solo ahora, daba en cuenta de ello. Esta era su situación, llena de incertidumbre.

— Ja, ja, ja, mira tu cara. Pensaste que ibas a quedar impune.

—¿Impune? ¿De qué hablas?

—¡Eres un asesino, un maldito! – Dijo muy seguro, para luego vacilar — O por lo menos eso tengo entendido.

Con cara de incredulidad, Lukas comienza a escanear su alrededor. Es una habitación de unos tres

metros cuadrados aproximadamente, con un catre a un costado, una puerta y una ventana vertical muy angosta, contrapuesta a la puerta. Las paredes y el techo tienen la pintura desgastada, al parecer son metálicas y la temperatura comenzaba a subir, haciendo que el ambiente se volviera sofocante.

Al cabo de unos instantes, reparó en su compañero de celda, un sujeto peculiar. Su rostro era como de porcelana, sin líneas de expresión marcadas. Su cabello corto era plateado, no porque se lo hubiera teñido, sino por una degeneración avanzada. Por lo demás, era un hombre de estatura y contextura similar a la de Lukas. Su mirada era inquisitiva, con un halo de compasión, ¡muy extraña!

—¿Por qué los mataste?

—¿Qué? No he matado a nadie, además aún no me dices tu nombre.

— Klaus, mi nombre es Klaus. Aunque eso es irrelevante. – dijo el sujeto con desdén.

— Bien, Klaus. Por muy irrelevante que te parezca, creo que será más fácil tener una conversación o encontrar alguna explicación a esta situación si sé a quién me dirijo. – desubicado, Lukas miró a su alrededor antes de susurrar: Aunque tal vez tengas razón.

Lukas era de tez blanca, ojos marrones ámbar, nariz prominente y cabello castaño liso, alto y delgado. Era evidente que aún se encontraba en estado de shock. No recordaba cómo había llegado ahí, ni siquiera en que momento o el por qué. Además del gran desconcierto, sentía dolores en la espalda, el cuello y una gran pesadez en toda su humanidad. Luego de considerar lo evidente, que no daba mayores pistas, increpó a Klaus.

— Oye, ¿por qué dices que estás aquí por culpa mía?

Klaus, que se encontraba sentado en el piso, donde también reposaban una serie de objetos y materiales desechados, amontonados en su gran mayoría a un lado y en las esquinas, lo miró de reojo. Sin expresión alguna, le respondió. Yo estaba ahí cuando ese maniaco te atrapó,

—¿Maniaco dices? Eso no tiene sentido. Primero dices que maté a no sé quién y ahora dices que un loco nos tiene encerrados.

— Tal vez me apresuré al catalogarlo como “loco”, pero muy bien de la cabeza no está

—¡Pero lo viste, sabes cómo es!

— Pues, no exactamente – dijo Klaus vacilante.

— Amigo, la verdad que no me inspiras mucha confianza. Despierto sin recordar nada, encerrado con un completo desconocido en esta especie de celda. Y lo único que puede decir con certeza, es que está encerrado conmigo, ¡pues déjame decirte que eso ya es obvio!

Lukas, evidentemente, estaba experimentando la transición de un estado de shock a uno más reactivo, motivado por las respuestas poco convincentes de Klaus. Al escuchar a Lukas, Klaus se levantó del piso, miró a su inquisidor desafiante y luego comenzó a observar la pequeña habitación de forma despreocupada.

— Tremendo lío, ¿cómo vamos a salir de acá? ¿te crees capaz de salir de este agujero y dejar de chillar como un pequeño cerdo entregado a su suerte?

— Pues, esto parece hermético. Esa puerta tiene pinta de llevar cerrada mucho tiempo. Si algo puede abrirla, debe estar afuera. Y sobre ese chiste de ventana —dijo señalando con los labios—, solo si nos convertimos en polvo o humo podremos salir por ahí. No tengo idea de cómo llegué aquí, mucho menos de cómo salir.

— confesó entre atónito, rabioso y desesperanzado.

—¡Puerca! – susurró Klaus.

— Te escuché. – Contestó Lukas.

Entonces, sin mucho ánimo, ambos sonrieron, liberando un poco el estrés de la situación. En ese preciso instante, la luz que atravesaba la ranura en la pared, que hacía las veces de ventana, se vio interrumpida por una fracción de segundo. Al percatarse de esto, los dos cortaron el momento de distensión y comenzaron a gritar.

—¡Hey, ayuda! ¿Quién está ahí? Hey...

Al cabo de un par de minutos, entendieron que, si había alguien afuera, seguramente no les iba a auxiliar. De hecho, lo más probable es que fuera quien los encerró ahí.

—¡Dios! – expresó Lukas con un confuso torbellino de emociones en su ser.

—¿Dios? ¡Dios no existe! Y si crees que anda por ahí, entonces te aseguro que hace rato te abandonó.

—¿Cómo puedes decir eso en un momento como este? Debemos creer en algo superior, tener fe.

— Creemos en cosas totalmente diferentes, yo tengo fe. Pero sin duda en algo más real, mucho más presente.

— Sé de lo que hablas, pero...

— Pero ¿qué? — preguntó Klaus, a sabiendas de que Lukas estaba perdido.

Lukas miró a Klaus con una mezcla de confusión, desánimo y desesperación. En esa pequeña celda, sus creencias parecían desmoronarse.

— No entiendo cómo puedes estar tan seguro de eso, Klaus. ¿Qué te hace pensar que no hay nada más?

Klaus suspiró, y por un momento, su mirada se suavizó.

— Lukas, no es que no crea en nada. Es solo que... a veces, la ‘realidad’ es más dura de lo que quisiéramos aceptar. Aquí y ahora, debemos concentrarnos en sobrevivir y salir de acá. La verdad es que nadie va a venir por nosotros, absolutamente nadie va a mover un dedo para encontrarnos. Mucho menos se va a abrir esa puerta por arte de magia.

— Pero... ¿Cómo puedes estar tan seguro? — le volvió a increpar Lukas con un nudo en la garganta.

Continuaba sin comprender cómo había llegado ahí, o en qué momento. Casi ni podía estar seguro de

quien era. Recuerdos fugaces venían a su mente: proyectos, sueños, esperanzas, ilusiones. Pero ahora todo eso parecía tan lejano, se había desvanecido.

Klaus, al ver la fragilidad de su compañero, hizo silencio por unos minutos. Se limitaba a observarle y a jugar con una moneda, deslizándola por entre sus dedos. Era impresionante la calma con la que sobrellevaba la terrible situación, aunque el jugueteo con la moneda se tornaba compulsivo, denotando impaciencia, una ansiedad que intentaba disimular.

Mientras ambos permanecían ensimismados, el tiempo transcurría inexorable y sin misericordia, algunos insectos revoloteaban por el estrecho cuarto, molestando a sus ocupantes cada tanto. El sudor impregnaba sus ropas y recorría sus frentes. Con el agotamiento mental y emocional inherente al caso, Lukas yacía tumbado sobre el catre. Entonces pensaba en su vida, veía a un niño con mucha imaginación, jugando en un verde jardín con pequeños soldados de juguete, haciendo trincheras y simulando el sonido de las explosiones. Recordaba las mascotas que pudo conservar por poco tiempo, pues resultaban molestas para sus mayores.

Luego ese niño dejó este mundo aislado y feliz, en el que su abuela le cuidaba mientras su madre trabajaba. Su padre le visitaba, tal como se había acordado en el divorcio. Los intentos de brindar un

ambiente familiar por parte de sus padres que se querían, pero no congeniaban, terminaban en muchas ocasiones en gritos que le afectaban dada su naturaleza tranquila, al punto de siempre temer ser el causante de algún disgusto, lo cual derivaba en múltiples ocasiones en fracaso. Recibía siempre alguna advertencia: “Vas a terminar en el infierno si te portas mal”, “sé obediente, haz caso o te irá mal en la vida”.

Estas advertencias constantes se convirtieron en la programación que aseguraba su docilidad. Lukas se sentía atrapado en sus propios miedos, incapaz de liberarse. Al igual que un elefante criado en cautiverio que, tras años de cadenas y restricciones, permanece quieto aun cuando se las quitan, Lukas también se encontraba atrapado por sus propias cadenas emocionales y psicológicas. La libertad, entonces, era una quimera; le parecía inalcanzable debido a la programación de obediencia y miedo inculcada desde su infancia. Ahora, no era más que un mito, una leyenda, el Santo Grial.

Pero también recordaba los paseos en coche, jugando con el viento en la carretera, que levantaba su mano cuando la asomaba por la ventanilla, mientras tanto pensaba en lo que podría llegar a hacer de grande, en quien se convertiría. ¡Si, sueños! En la escuela, las matemáticas representaban un

martirio; en cambio, se sentía como pez en el agua en materias humanísticas o creativas, las letras se le daban bien al igual que el dibujo. Era un chico callado y tranquilo, objetivo perfecto para los fanfarrones del curso, quienes usualmente buscaban ridiculizarlo e incluso, a la salida, lo esperaban para acosarlo y lastimarlo físicamente. No obstante, conoció a quien sería su amigo de toda la vida.

Klaus, notando que Lukas estaba sumido en sus pensamientos, interrumpió con brusquedad:

—¡Despierta! – dijo Klaus, golpeando a Lukas por el hombro. – No podemos perder el tiempo en recuerdos. Tenemos que encontrar una manera de salir de aquí.

Lukas parpadeó, regresando al presente. La realidad de su situación le golpeó nuevamente con toda su dureza. Miró a Klaus, tratando de encontrar alguna chispa de esperanza en sus ojos, pero solo vio una determinación fría y calculadora.

Con una frialdad similar, Lukas le interrogó, clavando su mirada en los ojos de Klaus:

—¿Quién eres? ¿A qué te dedicas?

— Soy Klaus, he sido muchas cosas. ¡Hasta prisionero! – dijo con una sonrisa burlona, haciendo chiste de su tragedia.

— Yo solía tener una familia, forjé una empresa, viví el amor, la pasión y disfruté del cuerpo de varias mujeres. Tuve una vida... y ahora mírame, estoy aquí – respondió Lukas con amargura.

— Oye, no creas que no entiendo todo lo que dices. Te escucho y tus palabras resuenan en mí, de hecho, como un eco tormentoso. Te veo y simplemente veo mi propio reflejo. Sé que me observas fijamente, escudriñas en mis ojos buscando algo más allá, pero no puedes encontrar nada. ¿Y sabes por qué? Estás ciego, has decidido ser un inválido, creyendo en una fuerza exterior que abrirá esta lata y te sacará de tu miserable conmiseración. Tú crees que...

En ese preciso momento, el recinto se estremeció y pareció inclinarse, como si todo estuviera a punto de colapsar. Hubo un desplazamiento violento que se evidenció en la brusca reducción de la luz que penetraba por la ranura. ¿Qué había pasado? Ahora, una cuarta parte de la hendidura estaba sepultada, bloqueando parcialmente la entrada de luz, disminuyendo la entrada del vital oxígeno.

El rostro de Lukas se vistió con una expresión de miedo y tristeza, reflejando en sus ojos humedecidos la imagen de la resignación. En cambio, Klaus se sujetó de inmediato al primer asidero que encontró. Hizo un paneo rápido y levantando las cejas

continuó con su intervención, como si no pasara nada que él no tuviera claro:

—¿Te das cuenta? Estamos perdiendo el tiempo, si deseas llorar y gemir adelante, pero en algún momento vas a tener que cambiar de actitud, antes de que sea demasiado tarde.

La preocupación de Klaus no era salir de ahí, eso era evidente. Tal como lo había dicho, él era prisionero, pero no de ese recinto. Su mayor angustia, si es que se le podía llamar así, era el tiempo y..., algo más.

Klaus, abandonando su aparente impasividad, caminó hacia un montículo de desperdicios, dónde trastos viejos y cachivaches rotos se apretujaban de manera desordenada, entre trozos de maderas, espejos rotos y otros desperdicios se agachó y comenzó a escarbar. Murmuró algo inaudible y, al levantarse, giró con un trozo de papel en su mano. Lukas observó con curiosidad, pero Klaus, luego de darle un rápido vistazo, solo introdujo el papel en uno de sus bolsillos sin hacer referencia a éste.

Lukas frunció el ceño, pero se contuvo de preguntar. La presencia y actitud de Klaus le resultaban inquietantes, confusas, enigmáticas. Sentía desconfianza hacia este socio circunstancial, no obstante, le era familiar. Además, su compañía

era también de cierta manera, tranquilizadora. Pensó que el estar ahí absolutamente solo sería desconsolador. Aunque desconfiaba de él, la presencia de Klaus le ofrecía una extraña sensación de seguridad, como si lo desconocido fuera menos aterrador con alguien a su lado.

En efecto, haber estado encerrado ahí solo, habría sido terrorífico. El calor sofocante, los insectos molestos, el desplome que había sufrido el recinto y ahora la lámpara que les iluminaba con dificultad, comenzaba a parpadear, todo contribuía a un ambiente de horror incesante. El tiempo parecía estático y, sin embargo, era claro que éste corría sin pausa. El hambre y la sed comenzaban a ser parte del cuadro dantesco, mientras un olor putrefacto se percibía cada vez con más intensidad.

—¡Qué fetidez! — enfatizó Klaus

— Me pregunto de dónde provendrá — respondió Lukas, tratando de identificar la fuente del hedor.

— Estamos en una especie de galpón, creo. Donde almacenan chatarra y desperdicios. Supongo que algo ya está comenzando a descomponerse — dijo Klaus, dando una vuelta por el espacio con desdén.

—¿Entonces tú si pudiste ver más, estabas consciente cuando te trajeron para acá! ¿Qué más recuerdas que pueda sernos de utilidad?

— Solo estoy especulando, pero si lo piensas bien, esa sería la explicación más lógica. Aunque nada aquí parece tener sentido, todo tiene su explicación.

Súbitamente se escuchó un chirrido y la luz que entraba por la rendija en la pared se comenzó a ver reducida paulatinamente, La oscuridad se extendió sobre esta de manera contundente, como un manto siniestro que se postraba sobre ellos. Unas pisadas tímidas resonaron afuera de la habitación, seguidas de un golpeteo leve, casi juguetón, pero impregnado de una maldad sádica. Algo, o alguien, rodeaba el recinto, acechando, disfrutando de su presa con un morboso deleite.

—¿Escuchas eso? – murmuró Lukas, con una mirada desencajada que denotaba el terror que lo invadía. Klaus, por su parte, solo asentía con la cabeza.

— Es él – respondió al cabo de unos segundos, casi como si estuviera exhalando con extremo cuidado. Sus ojos se abrieron totalmente, revelando una mirada llena de locura que

relampagueaba al compás de la bombilla en decadencia.

¡El maldito casi disfrutaba la situación! A pesar de la gravedad del asunto, el desgraciado se divertía viendo el miedo en los ojos de Lukas. No obstante, había una rabia implícita condimentada con impaciencia y frustración, suavizada apenas por una empatía obligada pero muy bien disimulada. Lukas, atravesado por el terror como si de una daga se tratara, pensó que estaba perdido. Había un psicópata afuera y otro adentro con él, un psicótico.

El ambiente se volvía cada vez más tenso: desde el exterior, los pasos, el golpeteo, el hedor a muerte y un tenue silbido, y en el interior, el calor, la compañía de un lunático, los insectos, y la luz parpadeante. De pronto...

Se detienen los pasos, se detiene el silbido, y en lugar del golpeteo, un crujido estruendoso irrumpe en la escena. Tablas y tubos recostados en el interior del cuarto caen y se desplazan, una nube de polvo se desprende de la pared, y un mecanismo queda al descubierto. Este se activa girando y la pesada puerta se entreabre con dificultad, dejando pasar un poco de luz por sus bordes.

—¡Mira, la puerta! Es nuestra oportunidad. —
Klaus era enfático, aún a sabiendas de que era

imposible salir solo de ahí. Su mirada desquiciada se posó sobre Lukas intentando de que el hombre temeroso saliera de su estupor y se atreviera a conquistar su libertad.

Lukas petrificado no daba muestras de siquiera respirar, se había echado hacia atrás y no pensaba siquiera en intentarlo. Para él, quien estuviera ahí afuera le resultaba más aterrador que quedarse dentro de esa jaula. Klaus frustrado, pero extrañamente comprensivo, se resignó a que tendría que buscar la forma de que Lukas entendiera de que quedarse postrado en ese recodo no era una opción, debía tomar la decisión de actuar o ambos quedarían sepultados ahí hasta morir.

Después de un par de minutos, la puerta se cerró nuevamente. Una risa silenciosa dejó claro que el carcelero se regocijaba en la docilidad de sus mascotas. Klaus se acercó a Lukas; sus ojos, ahora despojados de cualquier rastro de demencia o exasperación, lo miraban con determinación. Con un tono suave pero firme, le dijo:

— Quedarnos aquí no es una opción, Lukas. Moriremos tristes y viejos... o tal vez antes. Debes recomponerte, encontrar la fuerza y enfrentar el temor.

Lukas observó a Klaus, sabía bien que tenía razón, se avergonzaba de su actitud, pero era algo mucho más fuerte que él.

Nota del Autor

"Kleithros: Confinamiento y Redención" se presenta como el testimonio escrito del personaje Alexander Nasir Levy, quien también será el protagonista de mi próxima saga, Nudos y Espadas. En su papel como escritor, Alexander utilizará el seudónimo Gregori H. Orlov, tal como lo he hecho yo.

El viaje de Alexander Nasir Levy continúa en Nudos y Espadas, donde los presagios que emergen en Kleithros se expanden en una emocionante trilogía: Laberintos Oscuros, Susurros del Caos y Revelaciones. En esta nueva fase, las sombras y los reflejos que han dominado las mentes de Lukas y Klaus adquieren una nueva forma en Alexander, quien enfrenta desafíos que trascienden lo individual para tocar los misterios del destino y la verdad. La historia de Alexander apenas está comenzando, y la cadena de secretos solo se intensificará con cada entrega.

¡Únete a la Aventura!

¡Conviértete en un patrocinador de esta saga
apoyándonos en

<https://knotsandblades.com/knots-and-blades-crowdfunding>



Tus contribuciones no solo darán vida al cautivador viaje de Alexander, sino que también nos ayudarán a difundir la palabra en las redes sociales y a hacer crecer nuestra querida comunidad. Al respaldar este proyecto, obtendrás acceso exclusivo a información detrás de escena, avances y recompensas únicas diseñadas exclusivamente para nuestros seguidores. Juntos, desvelaremos los misterios de Nudos y Espadas y embarcaremos en esta emocionante aventura: ¡tú apoyo marca la diferencia!

Síguenos en [IG](#), [TikTok](#) y conoce más en www.knotsandblades.com